

Y bebían.

Iba amaneciendo, y los obreros andaban ya por las calles mientras aquellos locos, ávidos aún, con los labios secos, seguían bebiendo y bebiendo sin cesar. Después de haber bebido los licores más exquisitos y preciosos, al concluir la última botella de éstos, habían mandado á una taberna á buscar un mal vino para calmar aquella sed terrible. Los unos caían al suelo quedándose dormidos, mientras otros, pálidos, desencajados, reían, se quejaban ó horaban.

Sólo Terral, fuerte y tranquilo, miraba aquellos cuerpos gastados y vencidos por la orgía, sosteniendo á Antonia que se había dormido en sus brazos.

### VIII.

Una noche, volviendo del teatro, Antonia, con tono alegre, dijo á Terral:

— ¿No sabes? Va á hacerse muchas veces una revista. ¡Se está ya hastiado de las comedias de costumbres! ¡Son tan tontas! Habrá trajes cortos y vaporosos. Marcelino es el que va á dibujarlos. ¡Tengo un papel! Estoy contentísima. ¡Qué papel!..... ¡Seis trajes!

— Me alegro — dijo Terral con aire indiferente.

— Parece que estás enfadado.

— ¿Yo? no.....

Antonia no insistió, pero no se había equivocado. Terral parecía hallarse contrariado, y lo estaba en efecto, pues hacía algún tiempo que tenía celos. Se había enamorado de Antonia de una manera más profunda, ó por lo menos más violenta y no se atrevía á confesárselo á sí mismo. No quería que nadie supiese esta debilidad suya. Él mismo se había tendido el lazo en que al fin iba á ser cogido. A fuerza de jugar con el amor se había quemado el corazón y los sentidos, un poco el primero y mucho los segundos. Se creía seguro en medio de los hombres con la coraza de que se había revestido; pero ésta tenía un punto vulnerable por el que iba á ser herido. Aquel hombre dominante, había encontrado un amo, y aquella voluntad de hierro estaba ahora á punto de verse esclava de los locos caprichos de Antonia; y como él lo conocía y sentía instintivamente el poder de aquella niña, instintivamente también se rebelaba y no quería ser débil y perder su poder.

Lo que había conducido hasta el amor á aquel Terral que parecía incapaz de este sentimiento, eran los celos. Presentía que desde hacía algún



tiempo Antonieta no le pertenecía ya por completo y parecía cansada de aquella vida. La joven no tenía ya aquellos arranques que la impulsaban hacia él, ni aquellas palabras verdaderas que hacían nacer en ella el orgullo de su conquista.

Ahora, en lugar de estar loca de alegría como antes, cuando se encontraba sola con Terral, permanecía triste y con los grandes ojos muy abiertos, fijos y distraídos. Entonces Fernando la interrogaba, y ella balbuceaba suspirando una respuesta que no explicaba nada.

El orgulloso Terral sufría mucho al ver herida su vanidad, que era tal vez el único sentimiento por que aquel corazón de roca era accesible, y en cuanto fué celoso fué débil.

Antonia se apercibió de ello y abusó.

Permaneció más tiempo que otras veces en los ensayos, no siendo nunca exacta y haciéndose esperar. Después escuchaba apenas los reproches que Fernando la dirigía, y lejos de pedir perdón como otras veces, sonreía, bromeaba y pasaba á otra cosa. Estaba segura de Terral, y no creía necesario sacrificarse en nada por él, á pesar de que aun seguía amándole por costumbre. Fernando se preguntaba si no era mejor separarse de ella que vivir así á su lado, pues al fin y al cabo el dinero

que ganaba, que era mucho, se derretía en las lindas manos de Antonieta. Terral se quebraba la cabeza para descubrir una mina de oro que bastase á sufragar los enormes gastos de la joven, y casi siempre lograba encontrarla, pues sus jugadas de bolsa, de una audacia increíble, solían ser acertadísimas. Manejaba millones no poseyendo ni mil francos, y con nada lo conseguía todo.

Antonia no sentía ya por su amante el primer entusiasmo, pues naturalmente, al estar éste agobiado de preocupaciones, no era ya el hombre conquistador y desdeñoso de antes, que tanto la había seducido. Más bien que un amante era un marido, un amo que quería mandar, y Antonieta no podía resistir ningún dominio, pues prefería ante todo hacer una vida fácil y libre.... ¡Oh, la libertad!

Ya sabía que Terral seguía amándola; pero aquel amor tenía algo de *ya visto* que la fatigaba. Deseaba conservarle, sin embargo, impulsada por la fuerza de la costumbre, pero añadir á él alguna nueva aventura, de cuyas emociones tenía sed. Muchas veces, como había sucedido en la cena de casa de Violeta, sentía despertar su pasión por Terral; pero esto duraba poco.

Todo París conocía á Grevignet. Era un hombre-



cillo delgado, picado de viruelas y feo, pero con ojos llenos de viveza y una voz muy vibrante. Hacía papeles cómicos, y no había ninguno tan á propósito como él para canciones picarescas.

Mientras que cantaba una noche sus *couplets*, vió en un palco á una hermosa joven vestida de blanco, que tenía los gemelos fijos en él.

—¡Calla, es Antonia!—se dijo Grevinet.

En efecto, era Antonia.

Esto dió que hablar entre los cómicos, que no escasearon sus bromas á Grevignet.

Al día siguiente, á la misma hora, Antonia estaba en el teatro y fijaba sus anteojos en el actor.

—¡Oh!—dijeron á Grevignet—esto es demasiado significativo.—¡Tú has trastornado la cabeza á Antonia! ¡Eres un conquistador!

Al día siguiente, á su entrada en escena, Grevignet volvió á apercibir á la joven.

—¡Ay, hijos míos!—dijo al entrar entre bastidores;—no creáis que soy un fátuo, aunque la naturaleza me ha hecho lo suficientemente feo para no serlo; pero—y llevó riendo la mano á su corazón—estoy cierto de que soy amado.

—Grevignet, tú no te has mirado al espejo—le dijeron.

Grevignet no se equivocaba. Aquel rostro flaco,

aquel cuerpo endeble y aquel no sé qué de espiritual, habían seducido á Antonia, que iba en busca de un ideal. El *eclecticismo* la había conducido de Terral á Grevignet, del mismo modo que la hubiese llevado de la estatua del Apolo de Belvedere hacia algún monigote mal hecho.

Una noche Antonia subió al escenario saludando á derecha é izquierda; se fué derecha al cuarto de Grevignet, y *se le llevó* materialmente en su coche. Este pequeño escándalo fué por dos días la *comidilla* de todos los teatros.

La vida de falsía para que Antonia había nacido, volvió á empezar, y la joven respiró al encontrarse en su elemento. Había engañado al Conde Bruand por Terral, y engañaba ahora á Terral por Grevignet. La joven había nacido para eso, y la extrañaba haber estado tanto tiempo sin sacudir el yugo.

Terral lo había sabido y estaba furioso; pero se contenía fingiendo ignorarlo, pues tenía miedo al rompimiento. El día en que bajo pena de aparecer ridículo no pudiera seguir fingiendo que no sabía nada, sería terrible para él.

Y aquel día debía llegar. Antonia le había dicho que fuera á recogerla una tarde á la hora de comer, para ir juntos al restaurant y luego al tea-



tro. Terral había tomado un palco y se presentó á la hora indicada.

Antonia no estaba.

Ferral encontró á la señora Labarbade sentada en una mecedora, y á Adolfo saltando sobre los sillones y destrozándolo todo. Como era jueves, tenía opción á ir á comer con su madre, y ésta había ido á buscarle.

—¿Volverá pronto Antonia?—preguntó Terral.

—¡Qué sé yo!—contestó la señora de Labarbade, meneando la cabeza con aire de incredulidad.

Al decir esto había tomado un aire importante, y cruzada de manos hacía resbalar sus pulgares el uno sobre el otro.

—¿Está en el teatro?—volvió á preguntar Terral.

—No lo creo.

—¿Volverá á la hora de comer?

—Creo que no. Yo pienso ir á comer con Adolfo al *Palais Royal*, y después iremos al teatro.

—Á ver á la señorita Schneider—añadió el colegial guiñando el ojo izquierdo.

—Calla, bribón—dijo la madre.

Terral se había sentado un poco impaciente.

—Está bien; esperaré.

La señora Labarbade se dirigió á su habitación para ponerse un abrigo.

—Mirad—dijo entonces Adolfo aproximándose á Terral—si esperáis á mi hermana, podéis esperar sentado, porque ya hace tiempo que se fué y no pensaba volver. ¿Sabéis dónde come esta noche? En *Nogent*.

—¡Demonio!—dijo Terral levantándose.

Cogió su sombrero y salió bruscamente, mientras que el joven Adolfo extendido á la larga daba una carga con sus zapatos al canapé para dar muestras de su alegría.

—¿No sabes?—dijo á su madre cuando volvió, —se lo he dicho todo. Va á caer como una bomba en medio del festín de Baltasar. ¡Qué buena escena va á ser!

—¡Ah infame!—dijo la señora Labarbade riendo.—¿Cuándo vas á dejar de ser malo?

—¡Jamás! Lo que yo quisiera ver es la cabeza de Grevignet. Fernando le va á aplastar el cráneo con un plato. *Lo que he hecho está bien hecho*—repetía cantando con voz chillona.

—Puedes aún alabarte de ser tan malo—le dijo la señora Labarbade abrazándole.—Después de todo, no me disgusta que esa tonta lleve una lec-



ción, para que vea que no todos son como el Conde de Bruand.

—A mí tampoco—dijo Adolfo.—El domingo pasado no tenía yo tabaco; le pedí un franco y me le negó..... ¡Oh! ¡esa no es manera de portarse con un hermano!

—No temas—añadió la madre;—ya nos las pagará todas juntas..... ¡Vámonos!

Terral había partido con la rabia en el corazón y los dientes apretados, á buscar un coche, sin otro pensamiento que éste: correr á *Nogent*, encontrar allí á Antonia y abofetear al que..... pero ni aun sabía el nombre de su rival, ni el sitio en que podría encontrarlos en *Nogent*. Entonces volvió maquinalmente hacia casa de Antonia. La señora Labarbade había partido; la doncella de Antonia también, y el cochero se había ido sin duda con su ama.

Terral pasó la noche presa de la mayor agitación. Su amor propio sufría horriblemente al verse ultrajado. ¡Oh! ¡pero ya se vengaría!

Fué al Círculo, jugó y perdió. Al salir debía diez y seis mil francos; pero poco le importaba. Debía cobrar al día siguiente una liquidación, y pagaría. Sólo Antonia le ponía nervioso y exaltado. Lo que había perdido, poco le importaba. Ya buscaría el desquite al día siguiente.

Se volvió á su casa. Allí trató de leer para dormirse; pero no lo consiguió. Al día siguiente á las diez estaba ya en casa de Antonia.

—Bueno, bueno—dijo á la señora Labarbade, que le habló muy confusa y como queriendo disculpar á Antonia;—ya volveré.

A las cuatro volvió en efecto, y le dijeron que la joven estaba durmiendo.

—La señora ha dicho que no estaba para nadie—balbuceó la doncella.

—Está bien—dijo Terral;—pero yo entro.

Y empujó bruscamente la puerta de la alcoba.

Las cortinas estaban corridas, dejando pasar apenas una débil claridad.

El lecho, con ricas cortinas de *guipure*, se destacaba vagamente, como un montón de nieve, en la obscuridad.

Había realmente algo de cándido y de virginal en aquella habitación, donde no se oía ahora más que la respiración algo agitada de la joven que dormía.

Terral se aproximó al lecho.

Estaba acostumbrado á la semiobscuridad de esas habitaciones en que parece se aproxima la noche en pleno día. Miró un momento á Antonia, que estaba con la cabeza apoyada sobre el brazo



derecho y la boca entreabierta. Sus negros cabellos se habían desatado y caían esparcidos sobre la almohada. Sus párpados parecían cerrados por una mano de plomo. Había en aquel rostro de líneas purísimas algo como de la fatiga pesada y terrible que sigue á la orgía.

Terral la examinó; después se fué á la ventana y corrió las cortinas. La luz penetró de lleno en la perfumada alcoba.

La joven no había oído nada y seguía durmiendo.

Entonces la cogió por un brazo y la sacudió con violencia.

Antonia se levantó, separando con sus dos manos los cabellos que caían por su frente, frotándose los ojos con movimientos de gata y sonriendo instintivamente.

Cuando aperebió á Terral, lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¿eres tú?

—Yo soy.

Antonia se despejó al momento y se puso en guardia.

—¿Estás enfadado conmigo, verdad?—dijo.

Había preparado sus baterías, segura de sí misma.

—No — contestó Terral friamente. — ¿Por qué había de estarlo? ¿Acaso no eres libre?

Comprendía muy bien que á una naturaleza inconstante y vana no se la domina imponiéndose, y en sus palabras había un tinte de desprecio.

—Pactos como el nuestro no están firmados por mucho tiempo—exclamó Fernando.—¿Qué nos ha reunido? Un capricho. Acabado éste, no tenemos más que hablar.... Ayer estuve á punto por un momento de enfadarme ridículamente; pero he reflexionado, y vengo á abrazarte y á despedirme de tí.

—Fernando, no digas eso.

—Eres una buena muchacha en el fondo—dijo Terral cogiéndole las manos, que de buena gana hubiese triturado.—Siempre seremos buenos amigos. Vaya, dame un abrazo, y....

—Fernando—dijo la joven enderezándose y mirándole frente á frente—díme la verdad. ¿Es que ya no me amas?

—Confesarás, querida, que me has dado derecho para olvidarte un poco....

—¿Yo?

—Tú, sí. Necesitaria estar ciego para no verlo. Ayer te estuve esperando más de dos horas. Otro cualquiera se hubiese desesperado.... pero cada uno tiene su temperamento....

—¿Te fuiste á casa de Violeta, verdad? Vamos, no lo niegues.



—Creo que tengo el perfecto derecho de ir donde me parezca, lo mismo que haces tú. Yo no te he pedido cuentas ningunas, y no sé por qué has de pedírmelas tú á mi.

—Y si yo te lo digo todo, ¿te seguirás callando?

—¡Ah, ah!—dijo Terral riendo.— Parece que estás celosa.

—Es que tengo mi amor propio como cualquier otra.

—¡Ya!

—Mira, Fernando. Voy á decirte la verdad. Me comprometió Florina á ir á Nogent á una comida de campo..... era su santo..... Cierto que te hice esperar, y esta no es una razón..... Por cierto que estuve bien aburrida..... Conque, vamos, dime si has visto á Violeta.....

—¡Ah!—exclamó Terral.—No sigas esta necia escena de celos. ¿Me tomas por un tonto? No fué Florina quien te comprometió ayer, sino que te fuiste á Nogent con Grevignet.

—¡Fernando!.....

—Cuando te lo digo, es porque lo sé.

—¡Te juro!.....

—No te canses en jurar. ¿Acaso yo me quejo ó me exalto? ¿Hay un solo reproche en mis labios ó

en mis ojos?..... Después del Conde de Bruand yo, y después Grevignet..... ¿por qué no? Yo no soy una cadena..... Deseas ser libre y no me parece mal; pero lo que no quiero es que te rías de mí creyendo engañarme. ¿Has creído hacerme tu juguete? ¡Pobrecilla! Mírame bien y comprenderás que con sólo juntar dos dedos puedo aplastaros á tí y á ese pequeño monigote.

Y Terral se paseaba á grandes pasos por aquella habitación, con la cabeza erguida, seguido de la mirada de Antonia, que se había tornado humilde de repente al contemplar al Terral de otro tiempo, á aquel cuya mirada la dominaba por completo.

—No creas que soy un tirano—prosiguió—y ya sé además que no tengo más derecho sobre tí que el que da la duración de un capricho; pero no permito á nadie absolutamente, que se burle de mí..... ¿Pasar de mis brazos á los de otro? Bueno. Después de todo, tú has nacido—añadió con desprecio—y estás hecha para eso..... pero tratar de tomarme por *primo*..... (y Terral erguía su hermosa cabeza); lo que es eso, te lo prohíbo.

—Pues bien, sí—dijo la joven de repente, arrasada y dominada á la vez por aquella calma desdenosa y contenida—es verdad; te pido perdón; me acuso y me arrepiento. Te amo siempre: eres mi



Fernando. ¿No me amas ya? Mírame, soy tu mujercita..... Vamos, te lo ruego, Fernando, no te vayas sin haberme dicho antes que todo lo has olvidado.

El vestido que Antonia había llevado la víspera estaba doblado sobre una butaca. Terral le cogió, y arrojándole á un lado, se sentó.

Antonia fué en seguida á echarse á sus piés, y tomándole las dos manos le acarició con una sonrisa de esclava, implorando, rogando y humillándose. Terral miraba aquellas espaldas desnudas, redondas, irresistibles, con voluptuosidad; pero se contenía, sabiendo muy bien que el éxito de la partida dependía de su frialdad y de su implacable desdén. Entonces Antonia fué servil y baja, suplicó y arrancó su perdón con lágrimas. A pesar de no amarle ya, seguía siempre bajo el poder de su dominio, sin adivinar que aquel hombre la adoraba. Se creía despreciada y tenía miedo, por vanidad, de perderle y de verle pertenecer á otra. Sin duda quería seguir engañándole, pero estaba resuelta á no dejar que la abandonase, pues á pesar del hastío que la inspiraban ya aquellos amores, Fernando no había perdido su prestigio á los ojos de la joven, y si no era el único, era por lo menos el preferido.

Terral se felicitaba en su interior por haber sabido fingir tan bien, pues sabía que el día en que Antonia leyese claramente en su corazón, estaba perdido.

Esta escena vino á sumergir á Antonia en reflexiones que la asaltaban siempre que trataba de explicarse el extraño carácter de Terral, que presentaba tan bruscos contrastes.

—¿En que consistirá que cuando estoy á su lado me siento completamente dominada?—se preguntaba la joven mientras que su doncella la vestía.

Después recordaba la humilde actitud que momentos antes había tenido delante de él, y se avergonzaba de tanta debilidad. Hubiera querido desquitarse en seguida y humillar á Fernando..... ¡Oh! ¡Haber llorado ella!.....

—¡Bah!—dijo de repente—si es el diablo, ya le cortaré las uñas.

—¿Qué ha dicho la señora?—preguntó Constanza asombrada.

—Nada. Dame más polvos de arroz..... así..... ¿Pero quién hace ese ruido en la antesala?..... Vé á informarte.

Constanza volvió diciendo que eran algunos aereedores que deseaban hablar á la señora.

—¿Y no hay nadie con ellos?—preguntó Antonia.



—Sí, Eloísa.

Eloísa era la cocinera.

—Eloísa es tonta y no sabrá despedirlos. Será preciso que salga *mamá Anaís*.

Constanza salió por la puerta que conducía á las habitaciones de la señora Labarbade, mientras que Antonia, como para acompañar al coro de acreedores, se puso á cantar al piano el aire de *¡Ay, chiquita!*

La señora Labarbade, que estaba tendida en un diván leyendo una novela de Javier de Montepin, miró á Constanza con mal humor, y dejando el volumen sobre un almohadón, después de haber marcado una cruz con la uña en la página en que estaba leyendo, la preguntó qué quería.

—La señora me ha mandado—dijo Constanza—que viniese á decirlos que en la antesala hay algunos acreedores que están alborotando.....

—¡Ya os entiendo!—dijo la señora Labarbade.—¡Bonita comisión! Antonia contrae las deudas y yo recibo los sofiones. ¡Ah! bien puedo arrepentirme del día que tuve la mala idea de venir aquí. Cada uno debe estarse en su casa. Todas las cargas son para mí. ¿Acaso son míos esos acreedores, cuando ni siquiera los conozco?

—Sin embargo—dijo Constanza—hay que sa-

lir á entenderse con ellos, porque si no, van á hacerlo pedazos todo. Como están solos con esa tonta de Eloísa.....

—Bueno, bueno; ya voy—gruñó *mamá Anaís*.

Se arregló un poco los cabellos ante un espejo, tomó un aire digno, y metiendo las manos en los bolsillos de su delantal, pasó á la antesala.

Allí estaban todos gritando, reclamando y hablando de forzar las puertas con aire amenazador.

—¡Qué deseáis?—dijo la señora Labarbade.—¿A qué viene ese ruido? ¡Cualquiera diría que estábamos en la Bolsa! ¡Gentes sin corazón! ¿Ignoráis que la señorita Antonia está enferma?

—¿Enferma?—preguntó uno con ansiedad.—Pues razón demás para pagar.

—Es verdad—dijo otro.—La salud de la señorita Antonia es nuestra única garantía.

—No temáis—respondió la señora Labarbade;—sólo se trata de una ligera indisposición; pero por ligera que sea, siempre ha de hacerla daño el ruido.....

—Tenemos derecho á hacer todo el ruido que nos dé la gana, mientras no nos paguen.

—¡Estáis equivocados!.....

—¡Que nos paguen y callaremos!

—¡Hace una hora que estamos esperando!



—¡A mí me han hecho traer la cuenta veintidós veces y aun no he podido cobrar un cuarto!

—¡Y á mí me ha pasado lo mismo!

—¡Y á mí!

—Ya sabemos de memoria los tramos que tiene esta escalera.

—¡Ya se pagará!—gritó la señora Labarbade.

—Hacé tres meses que nos vienen haciendo esas mismas promesas.

—Pues bien.....—replicó *mamá Anais*.

—No nos fiamos.

—Os lo prometo, á fe de mujer honrada.

—La honradez no paga.

—Os probaré lo contrario; pero tengo que advertiros una cosa—y *mamá Anais* bajaba la voz.—El dinero con que se os pagará saldrá de mi bolsillo, por lo cual espero me haréis algún descuento.

—¡No hay descuento que valga!

—¡No hablemos de eso!

—¡Que nos paguen!

—¡Bueno, bueno; basta de gritos! ¡Ya que queréis, guardaré mi dinero y no encontraréis medio de cobrar.

—¡Daremos parte al Juzgado!

—¡Já, já!..... eso os produciría más gastos que

el descuento que yo os pido..... Vamos, por última vez. ¿Queréis hacerme la rebaja de un veinte por ciento en los precios marcados en vuestras facturas?

—¡Un veinte por ciento!.....

—¡Qué barbaridad!

—¿Nos tomáis por ladrones?

—¿Pues cuánto creéis que ganamos nosotros?

—Está bien; me contento con un quince por ciento, aunque es muy posible que sacase más si hiciese tasar los objetos comprados, pues vuestras facturas tienen unos precios exorbitantes.

—¡Vaya una ocurrencia! ¡Queréis que intervengan nuestras facturas!

—¡Como si fuéramos albañiles!

—Pues bien, nada de eso se hará si hacéis la rebaja del quince por ciento—insistió la señora Labarbade.

—¡No, no!

—¡Sea un doce por ciento, si queréis!—dijo uno, después de haber conferenciado unos momentos con todos los demás.

—Para que veáis que soy buena—respondió la señora Labarbade—me contentaré con un doce.—Traed mañana á esta misma hora vuestras facturas, y os serán puntualmente pagadas; pero no



mencionéis para nada el descuento en las sumas. Es inútil, pues ya anotaré yo esa diferencia en mis libros.

Los acreedores se retiraron muy contentos de la señora Labarbade, que orgullosa por haber apaciguado aquella tempestad, se dirigió al cuarto de Antonieta.

—¿Y esa gente?—dijo ésta al verla.

—Ya se han marchado todos. Trabajillo me ha costado despedirlos. He tenido que darles mi palabra de que mañana se les pagaría.

—¿Pero estás loca? ¡Si no tengo un céntimo!

—Sin embargo, no hay más remedio, pues no nos dejarían en paz. Además he prometido.....

—Has prometido, has prometido.....

—Hija mía, una mujer honrada no tiene más que una palabra. He dicho que se pagaría, y se pagará..... Vamos, tonta. ¿Acaso no tienes cuatro veces esa suma en diamantes? Empeña la mitad, y aun te quedará bastante para tirar de largo unos cuantos días.

—Es que debo mucho, según creo.

—Por el contrario, es una miseria. Cincuenta y ocho mil francos..... Ya ves que sé tus cuentas al dedillo..... Vamos, dame tu aderezo verde, tu cruz de brillantes y los pendientes que te ha en-

viado ese español. Llevaré todo eso al *Monte de Piedad*, y adiós los acreedores ó una gran parte de ellos.

—Tienes razón—dijo Antonia.—Precisamente necesito ahora un chal de la India y me vendrá muy bien ese dinero.

La señora Labarbade, siempre activa, llevó los diamantes en cuestión al *Monte de Piedad*, y sacó de ellos más de sesenta y dos mil francos, de los cuales confesó á Antonia cincuenta y ocho mil, que era la cantidad justa que se debía á los acreedores.

—¿Pero no me das algo de ese dinero?—dijo Antonieta.

—No, hija mía.—Estamos comprometidas para mañana, y ese dinero no nos pertenece.

—¿Y las papeletas?

—Las guardo yo, porque si te las diera, de seguro las perderías.

Al día siguiente la señora de Labarbade pagó cincuenta y siete mil doscientos francos; pero en realidad, hecha la deducción del doce por ciento, sólo sacó de su caja cincuenta mil trescientos treinta y seis.

Despidió á los acreedores muy contenta, y volvió á su cuarto calculando lo que le había producido aquel negocio.



Entre todo había sacado un producto de más de doce mil francos, que pensó colocar al momento con sus ahorros.

—Mañana iré á casa de mi agente de negocios— se dijo *mamá Anais*.

Y sonrió á la idea de que antes de un mes, Antonia se vería obligada á pagar nuevas deudas y podría hacer *un nuevo negocio* la intermediaria.

Después la señora Labarbade tomó un periódico y miró en la columna de la *Bolsa* la cotización en aquel día de los valores que pensaba comprar.

Mientras tanto Terral corría por París en busca de un tal Durechand, agente de negocios, á quien nadie había visto desde la víspera.

Decían que la noche anterior se había dado un gran baile en casa de Durechand y que el agente había aprovechado la fiesta para hacer enganchar una silla de postas y huir á provincias, para dirigirse luego á Bélgica.

Ocho días antes Terral había entregado al agente treinta y dos mil francos para una jugada que proyectaba. El negocio había salido bien, y en la liquidación Terral debía percibir unos doscientos sesenta mil francos, con cuyo objeto se presentó en la caja el día marcado para el cobro. La

caja estaba cerrada. Se informó, y le contaron la historia del baile. Por todas partes le dieron las mismas noticias, que corrían como seguras.

Por la noche todo el mundo sabía que eran verdad.

Aparte de esto, Terral había jugado y perdido quince mil francos. Una deuda de juego es cosa sagrada. ¿Y cómo pagarla? Excepción hecha del dinero entregado á Durechand, Terral no poseía nada.

—¡Maldición!— se dijo Fernando.—¡Pensé que trataba con gentes honradas!

Y añadió sonriéndose con ironía:

—¿Qué es lo que prueba esto? Que soy un necio como los demás y que Durechand ha hecho bien.

Se interrumpió un momento, y después continuó, haciendo un gesto amenazador:

—¡Sin embargo, no le aconsejaría que se pusiese en mi camino!

Entretanto el tiempo pasaba y era preciso pagar. Terral se dirigió á todos sus conocidos pidiendo quince mil francos con la sonrisa en los labios, con el aire de un hombre que va á devolverlos enviándolos con su lacayo cinco minutos después. ¡Él, que no tenía ni cinco francos en el bolsillo!



Todos se los negaron con la misma sonrisa, la misma política y las mismas frases.

Terral sentía que las horas pasaban con rapidez, y que á medida que transcurrían su posición era más difícil.

—Mañana—pensaba— todo París dirá: ¿no sabéis lo que ha pasado con Terral? Sí, con Terral; aquel que mató al Conde de Bruand. Pues bien, no ha podido pagar una deuda de juego, y eso que sólo importaba quince mil francos..... ¡Estoy perdido!

Abatido, triste, ante el recuerdo de aquella deuda, Fernando se dirigió maquinalmente á casa de Antonia. ¿Por qué iba allí? No lo sabía. El desgraciado tenía necesidad de hablar á alguien que no fuera un amigo de la casa de juego, y de encontrar algo más franco que aquella significativa sonrisa que negaba siempre con la mayor cortesía.

Precisamente al llegar él había un gran alboroto en casa de Antonia. La joven se quejaba, la señora Labarbade replicaba y Adolfo lloraba. En aquel momento acababan de enviarle del colegio, expulsado por falta de respeto.

Fernando se dirigió á la habitación de Antonia, que acababa de salir del baño y se estaba vistiendo.

—¡Ah! ¿sois vos, amigo mío?—dijo presentando la frente á su amante.—¿Me concedéis unos minutos para terminar mi *toilette*?

Fernando se sentó en una butaca, mientras que la joven, envuelta en un largo peinador de muselina blanca con lazos rosa, terminaba de arreglar sus cabellos.

Terral no dirigía la palabra, y su silencio extraño á la joven.

—¿Qué se dice por ahí?—preguntó.

—Nada.

—Vamos—dijo Antonia— algo sucede. ¿puedes saber lo que es?

—Ya te he dicho que nada.

—Bien veo—añadió la joven haciendo una preciosa mueca con sus labios— que aun estás celoso.

—¿Yo? ¿celoso?... ¡Ah!—respondió rechazándola dulcemente—tengo ahora otras preocupaciones más graves que los celos.....

—Muchas gracias—dijo la joven.

—Tienes razón, Antonia, no estoy muy deferente; pero ya sabes que te amo á pesar de todo.

—¿Á pesar de todo? Has pronunciado con cierta intención ese *á pesar de todo*. Te aseguro que detesto á Grevignet..... Pero, hombre, tienes un



gesto que parece que vas á hacer *tu quinto y último acto*.

—¡Ah! es que ignoras que estoy perdido.

—¿Perdido?

—He jugado; debo una importante suma y no tengo dinero; ¿comprendes?

—¿Cómo es que no tienes dinero? ¿Y la jugada de Bolsa de que me hablaste?

—¡Ah! me han robado. El miserable Durechand se ha escapado con mi dinero..... No sé cómo no me he saltado la tapa de los sesos.

—¡Matarte!—dijo Antonia, abrazándole—¿ibas á matarte, Fernando mío?..... ¡Oh! ahora te seguiré á todas partes como tu sombra, te vigilaré para impedir que hagas algún disparate.

—No temas; estoy convencido de que el suicidio es una tontería. Lo que quiero es buscar un medio para salir de este apuro. Vamos, ¿tienes tú algún dinero que prestarme?

—¿Dinero?

—Sí, dinero. ¿Te extraña esta pregunta? ¿No somos asociados? Mañana por la noche tendré tal vez cien mil francos, si ahora encuentro esa miserable suma que tengo que pagar.

—¿Y cuánto necesitas?

—Quince mil francos.

—¡Ah!—dijo Antonieta—eso es una fortuna, y yo no tengo un céntimo.

Terral bajó la cabeza con desaliento.

—Sin embargo, hay que buscar ese dinero—prosiguió Antonia.—Una deuda de juego es sagrada..... ¿No tienes un amigo, ninguna persona que te pueda prestar?.....

—Nadie—dijo Terral con amargura.

Y empezó á medir la habitación á grandes pasos, haciendo de repente ademán de salir.

—¿Dónde vas?—dijo Antonia.

—No sé. Donde me lleve la casualidad.

—Fernando—dijo entonces la joven—escúchame. No creas que soy mala, pues aunque el otro día te ofendí, ya estoy arrepentida. Olvida lo de Grevignet, y yo buscaré ese dinero que necesitas y te lo daré.

—¿Quién te habla de Grevignet?—respondió Terral.—Pero ¿tienes ahí ese dinero?

—Le tengo aquí—dijo la joven señalando una papelera.

Y abriendo un cajoncito, sacó de él algunos estuches que enseñó al joven, diciendo:

—Se empeña todo esto, y ya puedes pagar. Luego juegas, ganas, y se salvó la situación.....

Vamos, dí ahora que no soy buena.